

Álvarez Munárriz, L. (Ed.) (2015). *El poliedro de la conciencia: cerebro, interacción y cultura*. Valencia: Tirant lo Blanch (360 pgs.).

Javier Eloy Martínez Guirao, Universidad de Murcia

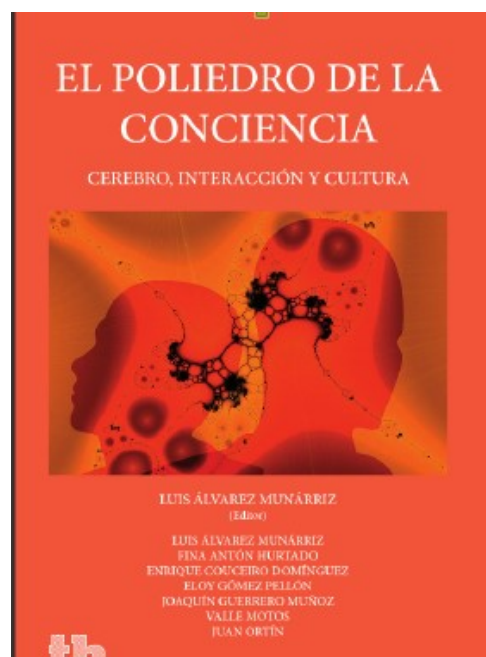
Recibido: 23-7-2015

Aceptado: 9-9-2015

El presente año de 2015 nos ha traído la publicación de un libro llamado a ocupar un lugar trascendente en el estudio de un tema que, progresivamente, reclama una mayor atención de las ciencias. He

dicho ciencias y no digo ciencia, porque, en efecto, pocos objetos de estudio motivarán una atención tan plural en el panorama científico. De la conciencia se ocupan todas aquellas ciencias que organizan su cometido en torno al cerebro, la mente, la conducta, el comportamiento y sus relaciones, desde puntos de vista diferentes, a todo lo cual se unen los abordajes interdisciplinares y pluridisciplinares. Por todas estas razones, se ha producido una progresiva especialización de la Anatomía, la Fisiología, la Neurología, la Psiquiatría, la Biología, la Psicología, la Sociología, la Antropología y otras ciencias, y aún de otras como la Filosofía, orientadas al conocimiento de la conciencia, con la pretensión de desvelar un objeto de estudio complejo y poliédrico, que en las últimas décadas ha generado, en el marco de las llamadas neurociencias, una fecunda actividad investigadora.

En esta ocasión el lector tiene la oportunidad de acercarse a los hallazgos de un grupo de científicos sociales, provenientes de los campos de la antropología y la sociología, que no son, ni mucho menos, nuevos en este campo y, por el contrario, vienen avalados por una larga trayectoria. La primera de sus aportaciones, de gran calidad, fue la que, publicada por la Editorial Anthropos de Barcelona en el año 2005, con el título de *La conciencia humana: Perspectiva Cultural*, siendo en aquella ocasión el editor, igual que en ésta, Luís Álvarez Munárriz, Catedrático de Antropología Social de la Universidad de Murcia. De hecho, los trabajos que conforman el libro son en parte obra de autores que ya estaban presentes en la monografía anterior, tales como Eloy Gómez Pellón, Enrique Couceiro y Juan Ortín, y a ellos se agregan ahora otros como Joaquín Guerrero Muñoz, Valle Motos y Fina Antón, dando vida a un libro denso y de una apreciable extensión, fruto de la existencia de un equipo previo, cuya constitución inicial se produjo hace década y media, cuando un grupo de profesores de



antropología social hicieron de la conciencia el objeto central de sus investigaciones, tarea nada fácil teniendo en cuenta que, por aquel entonces, el objeto de estudio nucleaba el quehacer de unas pocas especialidades científicas.

La originalidad de esta obra reside en analizar la conciencia desde un punto de vista cultural, y por lo tanto en un nivel de análisis que los antropólogos y los sociólogos conocen muy bien. Pero, además, es una obra de gran interés, porque no son muchas las obras que abordan la conciencia humana en el ámbito cultural, en ese ámbito en el cual los seres humanos se benefician de la transmisión cultural y del aprendizaje, de modo que la cultura se convierte en el marco perfecto del estudio de la conciencia. Resulta indiscutible, desde estos presupuestos, que la conciencia humana posee una fuerte dimensión sociocultural, cuya aplicación más inmediata consiste en saber que la conciencia tamiza la realidad a partir de criterios que son producto del sustrato de la socialización y de la vivencia cotidiana en el seno de una cultura, lejos de la perspectiva de quienes conciben la conciencia como atributo fundamentalmente individual. Los trabajos contenidos en esta obra, admitiendo el componente individual de la conciencia, no duda de su dimensión sociocultural, esto es, de atribuirle a la conciencia una función conectora entre el individuo y el grupo, aparte de la dimensión individual que le es inherente.

Precisamente, L. Álvarez Munárriz reflexiona, en el primero de los capítulos de la obra, sobre “Los límites del modelo neurobiológico de la conciencia”, a propósito de lo que él califica de neorreduccionismo, acaso como característica más distintiva del modelo neurobiológico, el cual, además de ser incompleto, se halla agotado. Desde la perspectiva biológica se puede entender una parte de la conciencia humana, pero no las razones que explican que el ser humano sea un agente libre, ni el papel de la conciencia en la gestión de los símbolos, ni tal vez el papel de la conciencia en los procesos inconscientes que caracterizan a la conciencia, ni siquiera los mecanismos que permiten la comunicación entre la conciencia individual y la grupal. Munárriz nos recordará que la conciencia se crea y se recrea dentro de una estructura configurada por la cultura. La conciencia no es sólo el campo donde el individuo elabora sus juicios, sino que es el campo cultivado por la actividad social.

En este sentido, E. Gómez Pellón, en “Conciencia y conciencias: la cuestión de la primacía” lleva a cabo un sólido análisis de la conciencia a la luz de las distintas teorías elaboradas por los científicos sociales más destacados, probando con ello que el tema ha estado muy presente en estas ciencias desde su mismo nacimiento. De este modo, desfilan por el interesante texto de Gómez Pellón Durkheim, Weber, Marx, Mead, Schütz, Berger y Luckmann, Bourdieu, Giddens y Geertz, cada uno con su singular punto de vista acerca de la

conciencia. Ninguno de ellos negó el fuerte componente social y cultural de la conciencia, aunque sus puntos de vista difieran en ocasiones sustancialmente, como se evidencia, por ejemplo, en los casos de Durkheim y de Weber. En este sentido, Mead llegó a la conclusión de que el individuo alcanza la *plenitud consciente* gracias al grupo social, y Marx se fijó en la conciencia como atributo de la clase. Por su parte, Schütz, fijó su mirada en un *mundo de vida* que no es sino un repositorio de vida cotidiana que proporciona al individuo una experiencia prerreflexiva, que mueve los actos del individuo. Berger y Luckmann se detuvieron en la *construcción social de la realidad*, y Bourdieu en el *habitus* que suple la existencia del pensamiento discursivo, permitiendo que los actos humanos no se vean sometidos constantemente a la coerción de la conciencia, mientras que Giddens se fija en un agente que, teniendo *conciencia de las estructuras*, se comporta a menudo rutinariamente, sin que muchas de sus decisiones pasen por el ojo de la conciencia, gracias a su *conciencia práctica*. Por último, Geertz, demostró, por vía interpretativista, que la conciencia humana está abrumadoramente condicionada por la cultura, tal como se evidencia en el estudio cultural del *self* que realiza en Marruecos, en Java y en Bali.

Precisamente, E. Couceiro, en “Habitus, mente y cerebro. La psicogénesis como proceso de habituación neuro-cultural”, elabora una propuesta constructivista de la conciencia, nucleada en torno a la noción del *habitus* de Bourdieu. Lo importante del estudio de Couceiro es su convencimiento de que la mente no surge de los procesos neuronales, puramente neurofisiológicos, sino más bien de la incesante dialéctica entre estos últimos y los múltiples procesos sociales que giran en torno al aprendizaje y la socialización del individuo, de manera muy intensa en algunas fases de la vida, gracias a las instituciones primarias, a las agencias de socialización y a la continua interacción con otras personas, en una suerte psicogénesis que deviene en *habituación semántica* de su propio sistema neuronal, por un lado, mientras que, por otro lado, y simultáneamente, el agente representa el rol de convertirse en un portador más, con mayores o menores innovaciones, del *habitus* cultural de la sociedad que le sirve de marco.

Por su parte, Juan Ortín incluye en la obra un capítulo sobre el proceso de concienciación endógeno que conduce al afianzamiento del sentido de pertenencia a los grupos sociales, ya la toma de conciencia de los modos de participación social derivados. El autor se acerca al lugar que ocupa el proyecto del individuo en el conjunto del sistema, para lo cual no hace sino indagar en lo más profundo de la subjetividad, tratando de mensurar los fenómenos relativos a la conciencia individual en su interacción con el sistema, advirtiendo enseguida que aquélla se manifiesta de diversas maneras, pero sobre todo por medio de una

poderosa intersubjetividad. El diálogo que se entabla entre el sistema, la condición social y el proyecto individual acaba siendo el objeto de este artículo. En suma, la dialéctica entre la conciencia y la autoconciencia alumbra una interesante vía de investigación que adelanta nuevos y abundantes frutos.

En cuanto a la contribución de Joaquín Guerrero, ésta se caracteriza por su profundo sentido aplicado. Su título, “Enfermedad y conciencia: limitaciones y potencialidades del enfoque narrativo en el estudio de la violencia”, es bien ilustrativo de la propuesta que nos transmite el autor, la cual se puede resumir como sigue. Dado que en determinados estados de conciencia, la narratividad personal y el sentido de la identidad sufren profundas alteraciones, sería posible la atención a otros modos alternativos de evaluación de la representación, la expresión y del soporte de la identidad y la conciencia del individuo, atendiendo para ello a las reacciones corporales, a la emotividad, y a otros aspectos que no se hallan ligados exclusivamente a la capacidad narrativa de los enfermos. La observación de Guerrero es sagaz, en tanto que advierte de los graves riesgos de examinar las narrativas del paciente a través de un sondeo mental en el que habitualmente se oscurecen y se indiferencian conceptos que, sin embargo, son nucleares, tales como el *self*, la identidad, la personalidad, etc., lastrando las correspondientes conclusiones.

Por su parte, el capítulo redactado por Valle Motos nos introduce directamente en la vorágine del tiempo. “La conciencia vital del tiempo” es un análisis singular de nuestra vivencia personal, propia de las sociedades en las que vivimos, caracterizadas por lo que ella denomina con la expresión de “tiempo acelerado”. El modelado cultural que acompaña a nuestro estilo de vida genera, según Valle Motos, un infradesarrollo de la conciencia, motivado por la permanente desconexión entre lo que hacemos, lo que sentimos y lo que expresamos. La presión ejercida por el entorno sobre nuestro organismo biológico y sobre nuestra vida psíquica deviene en estrés, cuya manifestación más evidente es la percepción de una carencia de tiempo que limita el ejercicio de las obligaciones. El conflicto de roles, la pérdida de vida personal y la violencia en las relaciones con los demás son algunos de los efectos más conocidos de nuestro estilo de vida y de nuestra cultura, que más que un vivir es un sinvivir.

Por último, Fina Antón en “Conciencia y seguridad” conecta en su trabajo el problema de la necesidad de seguridad que tenemos los humanos en cualquier contexto, con la inseguridad que, paradójicamente, nos acosa, en las sociedades el riesgo en las que vivimos, tanto más agrandada como resultado de las muchas responsabilidades que se nos asignan. En esta situación, nuestra toma cotidiana de decisiones se debate entre la superficialidad y el

desistimiento, ante un hecho tan crucial como es el de la carencia de tiempo para afrontar con garantía la resolución de los asuntos que se nos asignan. Curiosamente, en definitiva, tomamos conciencia de las dificultades que nos asaltan para llevar a cabo la gestión, conforme a conciencia, de nuestra vida cotidiana.

El libro de Tirant lo Blanch, editado por L. Álvarez Munárriz, comporta una visión más de ese objeto de conocimiento tan extraordinario que es la conciencia. Creemos que ha sido muy acertado que en el título se haya hecho una remisión metafórica a la geometría del poliedro debido a la complejidad que caracteriza a los posibles abordajes de la conciencia. También creemos que la obra contiene una visión diferente de la que proporcionaban las neurociencias más tradicionales, de suerte que este nuevo punto de vista resulta ineludible y forzoso. Difícilmente podría estudiarse la conciencia sin contar con la perspectiva cultural, la cual resulta a todas luces indispensable, tal como queda sobradamente demostrado en *El poliedro de la conciencia: cerebro, interacción y cultura*. Más aún, nos atrevemos a decir que el nivel alcanzado por los estudios recogidos en esta obra sobre la conciencia precisa reclama otros nuevos, que tengan en cuenta no sólo las perspectivas fisiológicas, sino cada vez más las culturales, y que no tomen en consideración únicamente la perspectiva individual del análisis de la conciencia, sino que cuenten con la social, la cual resulta, a todas luces, imprescindible. Creemos que el libro, gracias al elevado nivel de sus contenidos, constituye la mejor continuación de la obra antecedente de estos mismos autores, *La conciencia humana: Perspectiva cultural* (Anthropos, 2005).